

PRODUCCIÓN DE SIGNIFICACIONES EN LOS ESPACIOS PÚBLICOS Los encuentros académicos y sus implicaciones

*Roberto Raúl Montenegro
Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)*

Presentación

Este artículo se inscribe en las líneas de investigación desarrolladas en la Universidad Nacional de Quilmes en los últimos años. Algunas de ellas han girado en torno a las problemáticas de los espacios públicos de nuestro país y produjeron distintos proyectos, entre ellos las cuestiones para trabajar en la producción de conocimiento sobre cuidado y calidad de vida de los ciudadanos. Ya en ese registro hemos producido una apertura hacia los problemas del “cuidado de Sí” —la “epimèlèia heautou”, sobre la que nos focalizamos en las últimas producciones de Foucault, en torno a la cuestión ética— y hacia el estudio de las Tecnologías del Yo (Foucault, 1991). Prestamos atención a cómo se efectúan, en nuestro medio socio-cultural, dichas operaciones técnicas y a las condiciones medioambientales en las que se realizan. Como ya ha sido anotado en otro avance de investigación, en sus últimos señalamientos Foucault marca la importancia que debemos prestar al medio configurado por determinada forma de dominación, por lo cual el presente trabajo se inscribe en este último campo de problemáticas. Apuntamos, en consecuencia, a realizar señalamientos pertinentes en la línea de sentido que traza el asumir un proyecto de elucidación crítica (1) para estudiar la constitución cotidiana de los espacios sociales, los aportes al conocimiento socio-cultural que allí se produce y los implícitos e invisibilidades en que se entraman.

En el presente artículo realizaremos una operación recursiva en la trama conformada por informes y reflexiones producidas en el campo de las ciencias sociales. Vamos a tomar en consideración el contenido de proposiciones escuchadas en instancias de carácter académico. El campo de posibles abierto por los efectos del dispositivo institucional del encuentro, y el texto producido colectivamente, permite realizar puntuaciones relativas a ese evento. Un momento singular que despliega, una vez más, el juego de repetición y diferencia.

Trabajaremos con dos registros que pueden distinguirse en el corpus de las producciones y que se encuentran enredados recursivamente: a) descripciones y lecturas de algunas metamorfosis de las sociedades actuales, sus rasgos dominantes, la crisis sistémica y las respuestas colectivas que se han dado a sus desafíos, etc., aceptando los mapas presentados por distintos especialistas, y b) la “instancia de enunciación”, el espacio de encuentro en que cada jugador realiza una escenificación en la que es posible leer ciertos efectos de esos procesos activos de agenciamiento realizados por agentes sociales competentes. Entendemos por “agenciamiento” las operaciones interpretativas y los esquemas de acción que posibilitan constituir esa esceno-grafía específica y sus escenas institucionales. Como construcción escenográfica, en la instancia de enunciación, los “campos disciplinares”, los ámbitos académicos, las implicaciones epistemológicas, políticas, etcétera, entran en juego buscando legitimarse situacionalmente (Maingueneau, 1980). Al hacerlo se exponen las marcas de los

dispositivos de agenciamiento colectivo y, en consecuencia, la “urdimbre de significaciones” que instala determinada “realidad” con pretensiones de constituirse como realidad sustantiva; una construcción que insiste en los “juicios de existencia”. Como sabemos, tales juicios se inscriben colectivamente como pertinentes para designar lo real y efectivamente dado, por tanto como significaciones sociales que pueden ser identificadas en los procesos de ontologización social. En suma, el evento que nos posibilita abrir una reflexión como la presente permite convocar distintos aspectos, conflictos y modalidades que estarían aconteciendo en nuestra realidad socio-cultural. Sus efectos, que se nos muestran como formas y figuras del enunciado, son ubicuos respecto al ámbito particular de la convocatoria que estamos considerando.

Postularemos, por ende, que un encuentro académico, como el que tomamos de referencia, se produce por el ensamble singular de componentes heterogéneos que determinan un espacio dramático, un drama institucional con sus figuras, guiones, coreografías y temporalidades. Sus esquemas básicos son replicados de un modo que resultan transparentes para quienes jugamos ese juego, propio de la “ciencia normal” y de la construcción del objeto de conocimiento que nos es propio (Bourdieu, 2008: 17 ss.). Esa ocasión es efecto de una convocatoria formal, de reglas constitutivas particulares, y de la producción de una textualidad singular.

Dado que vamos a usar “ocasión” en un sentido que no alude restrictivamente a un encuentro social como algo dado en coordenadas de espacio-tiempo en sentido empírico-analítico, más adelante, realizaremos una breve presentación de esta noción. Lo que expresa una ocasión son las huellas del mundo social y de sus “tres ecologías”: ambiental, social y de la mente (Guattari, 1990) tal como advienen en ese singular contexto etnográfico, en el dominio simbólico e imaginario que allí se produce. Sus coreografías y sus guiones, en estado virtual, están articulados a la institución de la investigación, a rutinas de la vida académica, a los procedimientos técnicos que siguen los organizadores, los coordinadores, los expositores y los asistentes.

Las preguntas que realizamos entonces son las siguientes: ¿cuáles son algunas de las problemáticas sociales y culturales que han sido señaladas como relevantes en las exposiciones? ¿Cuáles son las líneas de sentido que, como tales, son no visibles y, sin embargo, no ocultas en la trama de sentido que allí se ha producido?

Para responder a estos interrogantes tomaremos en consideración las exposiciones realizadas y puntuaremos aquellos enunciados que permiten efectuar conexiones de sentido plausibles con otras elaboraciones del campo de las ciencias sociales, trazas que expresen aspectos y significaciones vinculados a las problemáticas que ya hemos mencionado. Nos esforzaremos por efectuar “interferencias” respetuosas de las proposiciones clave que emergen de investigaciones cuyas problemáticas se localizan en los pliegues de los espacios públicos. Como estos son campos de fuerza que en distintos momentos de su producción-reproducción se deslizan hacia la posibilidad de entrar en “estado disipativo”, a continuación abordaremos la problemática de las situaciones de crisis integral.

1. La noción de crisis integral

En otro trabajo hemos señalado que tradicionalmente “crisis” implicaba un punto de encuentro con el destino, un acontecimiento ineludible. En el siglo XVIII, Giambattista Vico (2) le da un nuevo significado, vinculando la noción de crisis con las transformaciones que se producen en los procesos históricos. Desde entonces, el significado de crisis asume un sentido moderno.

La crisis en sociedades como la nuestra afecta la dimensión normativa, la creencia en la legitimidad de las instituciones y de las figuras que constituyen, aún hoy, la trama de la gubernamentalidad tardo-moderna. Una crisis integral como la actual, en tanto transversal, perturba al conjunto de los elementos y relaciones que configuran el campo de los valores, normas y pautas instituidas del mundo-de la vida. Es en sus espacios en los que se forja la integración social, las constelaciones de sentido en las que se constituyen las distintas subjetividades y la cohesión de un mundo social identificable.

Con la mirada puesta en las sociedades de capitalismo tardío, Jürgen Habermas retoma los aportes marxianos sobre las crisis del capitalismo liberal y desarrolla el concepto de crisis articulando recursos de la Teoría de Sistemas y de las elaboraciones de Alfred Schütz sobre el mundo-de-vida (Habermas, 1975). Desde el punto de vista de Habermas, la importancia que asume la pérdida de sentido en el dominio sociocultural es clave, pues como se desprende de lo señalado más arriba, la crisis afecta las condiciones de posibilidad de la producción de subjetividad y los propios rasgos identitarios de esta. La crisis se constituye, en consecuencia, como crisis de legitimidad, pues se desbarata la probabilidad de encontrar aceptación y lealtad hacia el sistema político en la mayoría de los actores sociales (McCarthy 1993: 424).

Las estructuras normativas son tensionadas al máximo por las presiones que se ejercen sobre sistemas y sub-sistemas del orden económico (Habermas 1975: 105). En ese punto la crisis de legitimación se articula a la crisis de motivación, pues la demanda de motivación que realiza el Estado en los sistemas político, educativo y ocupacional está sostenida en los aportes que realiza el sistema sociocultural. Si bien es cierto que las tendencias a las crisis sistémicas estudiadas por los autores europeos implican un contexto con más posibilidades para administrar los dos recursos escasos subrayados por Habermas —valor y sentido—, en el caso de nuestra sociedad, en la que distinguir fronteras sistémicas difícilmente pueda apoyarse en puntos de clausura sustentables, la disponibilidad de los elementos queda aún más expuesta a la potencia de vectores emergentes de campos de fuerzas económicas y políticas enfrascadas en luchas polisegmentarias. El proceso de globalización se encontró con espacios de dispersión de las fuerzas institucionales más tradicionales, con formaciones sociales que ofrecían un alto grado de exposición a las operaciones tácticas, descentradas y flexibles, de la estrategia neoliberal (Petrella [dir.] 1996).

En los inicios del proceso de globalización, las estructuras sociales se vuelven más débiles y difusas. Las transformaciones en la relación entre el sistema económico y la sociedad provocan la crisis del mundo del trabajo, y arrastran a la crisis también a las identidades colectivas, que van perdiendo definición y potencia de acción. La profundidad y la extensión de esta

metamorfosis provocan que las categorías y nociones disponibles en el lenguaje de las ciencias sociales, como sostienen Fitoussi y Rosanvallon, pierdan capacidad de definición. Se produce lo que estos autores denominan la “opacidad de lo social”. (Fitoussi, J. P. y Rosanvallon, P. 1997). En consecuencia no es de extrañar que en los inicios de los procesos de globalización esta opacidad y la necesidad de forjar nuevos criterios de distinción fuera compartida por la conciencia reflexiva especializada con el pensamiento de sentido común. Uno de los efectos ha sido la dificultad para identificar los campos de poder, las fuentes más relevantes de las que brotaban las líneas de fuerza de la estrategia neoliberal e incluso las complicidades, apoyos y articulaciones de compromiso que operaban eficientemente desde el trasfondo institucional de nuestra propia sociedad.

Los agentes del neopoder operan configurando verdaderos campos de fuerza que inciden en el ejercicio de la hegemonía. Actúan en la orientación general que deben seguir los rangos de determinación, operan en la selección y en el uso de los recursos de los espacios locales, y se encabalgan en estos ámbitos, ahora globalizados, que se han tornado, al decir de Anthony Giddens, fantasmagóricos (Giddens, 1993: 133).

2. Contextos etnográficos: senderos en la maraña

2. 1. Los espacios públicos

En un texto en cuya introducción se realizan puntuaciones efectuadas en el corpus de artículos presentados en unas Jornadas académicas (Chardon, 2011: 10 ss.), podemos seguir el hilo conductor que de allí se desprende: la indagación acerca de la constitución de lo público considerado desde múltiples puntos de vista. Así, vemos que el vocablo “público” implica la existencia de fenómenos que pueden ser vistos y oídos por todos (Arendt 1993:59-67).

Señalado tempranamente entre otros por Jürgen Habermas, lo público implica la conversación entre pares, pues su núcleo central es la vida del ágora. Lo público implica la disputa entre iguales, la competencia por imponer las razones consideradas racionalmente válidas para el bien de la ciudadanía. Es plausible que el modelo de la polis griega haya surgido de prácticas y significaciones que estarían en sus capas arqueológicas más profundas, anteriores incluso a la reforma hoplita (Detienne, 1985: 121). El imaginario social de la Grecia Clásica se inventó a sí mismo inventando la polis. Si puntuamos algunas de sus significaciones más características nos encontramos con esa operación de distinción que separó el ámbito doméstico, aquel en el que se ejercía la administración de la hacienda y de la casa (*oikos*); del espacio propio del debate, de las relaciones y el lenguaje público (*Koiné*) vinculado al gobierno de la polis.

Pero lo que nos importa subrayar en este escrito es ese “envío” de la Grecia Clásica que alcanza a la modernidad temprana; el conjunto de pautas, de significaciones, que torna visible un ámbito público cuyo modelo es el de la polis y que, con sus avatares y fragmentaciones en el mundo del medioevo, llega hasta nuestros días. En ese mundo de lo público es en el que vemos los efectos de potencias novedosas.

En el excelente trabajo de Cornelius Castoriadis sobre la Polis Griega (Castoriadis, 1994a: 97 ss.), encontramos algunas de las significaciones centrales que la caracterizan y que, al

hacerlo, nos constituyen como individuos pertenecientes a su linaje. En una rápida selección de cuestiones decisivas para la cultura y las instituciones de nuestros días podemos señalar: La identidad de lo público; la generación de las leyes; la definición de la política; el debate racional; el derecho a la palabra entre iguales; la invención de significaciones en los contextos de acción; la construcción de lo que se impone o es desplazado mediante el ejercicio dialógico; la denegación constitutiva de todo trasmundo. Estas son algunas de las “marcas de fábrica” de la institución de la polis.

El Estado-Nación moderno se constituye en ese magma de significaciones (Castoriadis, 1994b: 68) en el que los procesos de fluidificación y de solidificación devienen uno en el otro. La deconstrucción de los códigos que cohesionaban a la sociedad tradicional y las líneas de fuerza desatadas, simultáneamente, quedaban articuladas a los dispositivos de poder que brotaban en la sociedad civil. Los segmentos, los puntos de fuerza discretos que enlazan y ensamblan configuraciones molares ya modernas, quedan anudados a esas nuevas formas económico-sociales. La sociedad temprano moderna institucionaliza lo que podemos describir, siguiendo a Gilles Deleuze, como diagramas de fuerza. Estos son pensables como “fractales”, una geometría que podría ser ilustrada con las imágenes que nos brindan las láminas de Escher. En todo caso, el Estado moderno (el *Anstalt*) implica que en su ensamble han incidido nuevas tecnologías de gobierno, el ius naturalismo pos renacentista, la potencia simbólica del contractualismo y la cosmovisión de un universo en equilibrio mecánico, entre otros múltiples factores. Como instituto, el Estado se legitima al articularse recursiva y pertinentemente con la sociedad civil, consolida nuevas instituciones y comanda el pasaje de lo rural a lo urbano.

En 1967 Foucault planteó un término actualmente inevitable en cualquier discurso sobre la ciudad contemporánea: el de heterotopía. La noción alude a las características del espacio del mundo contemporáneo que, frente al conjunto jerárquicamente organizado del territorio medioeval, hoy en día se puede describir como un espacio heterogéneo. No implica que vivamos en una especie de vacío en el que se distribuyen individuos y objetos, sino que lo hacemos en una red de relaciones que delinea lugares irreducibles unos a otros y que no pueden superponerse. En estos espacios se expresaron y lucharon múltiples fuerzas sociales. Ya obtenidos los derechos políticos (derechos de “primera generación”) los movimientos sociales orientaron su acción a estatuir primero y consolidar después, las formas jurídicas y las agencias estatales pertinentes para la constitución del sujeto de derecho social (derechos de “segunda generación”). En definitiva, espacio público alude a figuras y conexiones de perfiles difusos, implica a lo molecular e inestable, a los efectos de negociaciones en constante estructuración.

Asimismo lo público remite a las prácticas y experiencias individuales. Ellas van dando forma a lo colectivo, a los movimientos tácticos y a la elaboración de estrategias, que se manifiestan en las acciones desplegadas por los agentes sociales en los escenarios públicos. Se trata de lugares de circulación y consumo de esquemas sensoriales, de máscaras, ritmos e improvisaciones, espacios de prácticas, imágenes y motivaciones en negociación constante. Pero también, dadas sus cualidades heterotópicas, los espacios públicos producen esos

lugares “de paso”, contextos de acción anónimos a los que, como sabemos, Marc Augé denominó “no lugares” (Augé, 1996: 81). Espacios productores de individuación, de “soledad compartida” —encuentros acotados en el tiempo, circunstanciales, como el de los viajeros en un aeropuerto, o los pasajeros que comparten un vagón de ferrocarril—.

2.2. Los ámbitos públicos en el vórtice socio-histórico

Las tensiones y conflictos que planteó la denominada “cuestión social” y las líneas de fuerza que emergieron de la sociedad del “salarinado” encuentran finalmente una respuesta sistémica e integral en el modelo del Estado de bienestar (“Welfare State”).

Es pertinente en este punto esquematizar los rasgos identitarios de un modelo cuyo montaje y posterior deconstrucción han producido, y siguen produciendo, múltiples efectos en el entramado mismo de la producción de subjetividad. El EBK en las sociedades tardo-modernas tiene como función principal administrar las pautas que posibilitan los espacios de socialización guiados por reglas normativas. Contrariamente a la idea de que es un Estado meramente proveedor de servicios sociales, Karl Offe señala como característica central de este modelo de Estado la función antes mencionada y la existencia de un complejo ensamble de instituciones para administrar los procesos económicos y de socialización (Offe, 1990). Al filo de los setenta el diagnóstico del neoliberalismo problematiza al EBK desde los poderes del mercado, y sostiene tradicionales líneas de significación que, independientemente de inflexiones puntuales, insisten desde el trasfondo discursivo del mundo del mercado como institución y de la forma económico social institucionalizada desde fines del siglo XVIII. El emblema que alza el liberalismo, como si fuese su propio “in hoc signo vinces”, lo ha identificado Michel Foucault en la demanda-consigna estratégica: “menos gobierno”. Levantada en el liberalismo de la modernidad temprana, esta exigencia de denegación de la acción gubernamental no apunta a cursos de acción de gobierno particulares, por ejemplo, por su dispendio, o incluso por su eficiencia, pues los logros gubernamentales, desde el punto de vista de las fuerzas del mercado, otorgan legitimidad, con su éxito, a una esfera a la que dichas fuerzas cuestionan en sus fundamentos mismos (Foucault, 2006).

Sin embargo, también hay señalamientos a inconsistencias del modelo desde fuera del discurso liberal. Así Claus Offe, inscripto en el pensamiento crítico, también señala los límites del Estado de bienestar, aun cuando en el momento en que identifica estos límites —fines de los setenta y principios de los ochenta—, el EBK aún no había sido afectado en sus rasgos identitarios básicos. Vale precisar que en aquellos países en que el Estado de bienestar se había configurado de modo “imperfecto” respecto al modelo estatuido en los países centrales, como es el caso de nuestro país, el desmontaje de ese modelo ya venía desde mediados de los años setenta.

Las operaciones de poder que deconstruyeron aspectos clave de la sociedad del salariado produjeron efectos en los planos horizontales y verticales del mundo social. Diversos trabajos de investigación latinoamericanos coinciden en demostrar la presencia de las líneas maestras del modelo de poder neoliberal en los espacios locales. Uno de los efectos es que

agrupamientos de niveles socio-económicos antes protegidos también son alcanzados por procesos de marginalización que se desplazan verticalmente. Una expresión de ello la encontramos en la pérdida de potencia descriptiva y de capacidad para orientar la acción social de una categoría como “marginalidad” que, inscrita en un contexto de desarrollo productivo fordista articulado a formas del EBK, legitimaba la orientación de las políticas públicas para incluir a la población de los márgenes en el mundo del consumo masivo. El regreso y la difusión del concepto durkheimniano de “anomia” y las preocupaciones en torno al aflojamiento o a la ruptura del “lazo social”, acontecen cuando ya los efectos deconstructivos de la estrategia del neoliberalismo se hacían evidentes a fines de la década de 1980 (Zermeño, 1989: 115 ss.).

Las categorías sociales derivadas de los dispositivos institucionales emergentes de la modernidad temprana, identificables y codificadas, se vinculaban a la lógica estable y previsible de la trama simbólica del imaginario social allí establecido. En él surgieron las categorías del mundo del “salarizado”, como lo son trabajo, salario, seguridad social, solidaridad social, derechos del trabajador; más otras, como las propias del derecho a la salud, la inclusión social, el acceso universal a la educación pública, a la seguridad y a la justicia, etcétera. Como señalamos más arriba, hoy esas categorías se han tornado opacas (Fitoussi y Rosanvallon, 1997). Una opacidad que se muestra en lo cognitivo y que afecta fuertemente al pensamiento social; pero que en lo fundamental implica mutaciones tan profundas que han podido ser pensadas como “metamorfosis” irreversibles en el entramado de significaciones de la sociedad del capitalismo organizado.

2.3. La relación entre trabajo y ciudadanía

Trabajo y ciudadanía son categorías cuya génesis se vincula con las luchas sociales. Estas llevaron a la institucionalización de nuevas generaciones de derechos que, como ya vimos, se produjeron a partir de la ampliación de los derechos civiles —la primera generación de derechos, de orden político—. Así, a lo largo del siglo XX, y más específicamente en la segunda posguerra, se consolidan los derechos de segunda generación. La regulación de las sociedades, que en lo económico adquirirían el perfil característico de la producción fordista, estaba posibilitada por las articulaciones del nuevo orden jurídico a las estructuraciones del EBK. Aun sociedades como la nuestra, alejadas del campo de emergencia de esa forma de Estado, estuvieron afectadas por el efecto demostración y este modelo, instalado en el dominio de lo virtual, al actualizar parcialmente sus pautas produjo la configuración que, aún con quiebres y desplazamientos, llega hasta mediados de los setenta.

Es en ese entramado de significaciones heterogéneas —pues se expresan en el dominio de las relaciones sociales y en los sistemas de ideas—, en el que intervendrán las decisiones estratégicas del neoliberalismo. Marcas evidentes: desmontaje de la red de unidades productivas, de las organizaciones sociales y sindicales, incremento de la segmentación social y pérdida de capacidad de realización de los derechos sociales. La desindustrialización y desregulación del mercado laboral, la prohibición de la indexación salarial y la reducción de las

contribuciones patronales e incorporación de la flexibilización laboral en los convenios colectivos de trabajo, etcétera, implicaron paquetes de reformas que en los años noventa desentramaron los lazos entre mundo laboral y ejercicio de la ciudadanía social (3).

Pese a los intentos de sutura la segmentación social insiste, y se producen fragmentaciones en el interior de las divisiones ya heterogéneas (4). Señalemos algunas de las cuestiones que nos resultan significativas en particular por su insistencia: a) la fragmentación social y simultáneamente la entrada en la agenda social y política de la demanda por la inclusión universal a una ciudadanía plena; b) la segmentación de las políticas sociales, separando trabajadores de no trabajadores; c) pautas de las sociedades de control que insisten —la tensión entre mercado de trabajo/condición de ciudadano como fuente de un adecuado nivel de vida—.

2.4. Sociedad del conocimiento

Habermas nos muestra, en el escenario temprano moderno, cómo la esfera pública va densificando sus redes de circulación de información entre los siglos XVII y XVIII (Habermas 1981); de modo que el tráfico se desplaza de la esfera privada y de las esferas de gobierno, hacia los espacios sociales en los que la información se convierte en mercancía. En ellos se juega cuál habrá de ser el sentido, las derivas que se tornarán dominantes en la orientación de las políticas públicas, entre ellas las de la educación. Los conjuntos prácticos —las instituciones concretizadas—, que configuran las líneas de fuerza de la educación pública estatal, las instituciones de educación privada, los centros e institutos de investigación, han sido afectados por operaciones cuya potencia brota de espacios transnacionales de poder, como ya hemos visto. Los campos de fuerza que tienen capacidad para producir significaciones e imponerlas —organismos multilaterales de crédito, medios masivos de comunicación, por ejemplo—, han definido a la sociedad del conocimiento como aquella que genera espacios de libre circulación del conocimiento. En virtud de ese poder performativo vinculado a la hegemonía discursiva, el neoliberalismo ha definido al conocimiento como una mercancía más. Como tal, entra en los circuitos de transacciones locales e internacionales, inscribiéndose en los campos del poder globalizado. Centros considerados de excelencia académica, conectados a redes corporativas, a las grandes universidades de los países de mayor desarrollo económico, a sus gobiernos y a los organismos multilaterales.

En el denominado “trabajo cognitivo” el material más importante es el saber, las cualidades cognitivas, la creatividad orientada a la producción y la manipulación de símbolos. El saber y la capacidad de producir conocimiento como recurso para la valoración del capital pasan a caracterizar al “capitalismo cognitivo” con la constante innovación en servicios informáticos, tecnologías electrónicas, investigación y desarrollo, biotecnologías, etcétera.

La reflexividad sistemática inscrita en los pliegues de la modernidad temprana ha llevado a la disolución de las identidades. La licuación de todo lo sólido alcanza con sus operaciones al dominio de los objetos sustantivos. El capitalismo cognitivo, al incluir a la mercancía en su constelación de sentido, hace que esta pierde la consistencia que le otorgara la sociedad

industrial. Los productos deben acoplarse a los “esquemas de reconocimiento”, a la sensibilidad y cambios en los gustos de los consumidores, quienes participan en los juegos regidos por reglas “fuzzi” y que orientan la producción de los indeterminados flujos deseantes.

Esto implica una concepción del contexto global entre cuyas metamorfosis múltiples se encuentra la que se ha producido en la mercancía. Hace ya un tiempo que se la ha caracterizado como un “significante de consumo”, una entidad de substantivizada, que ha modificado el estatuto de su valor de uso deviniendo imagen, y que se inscribe en una trama de atenciones, servicios y operaciones simbólicas complejas. Marcas, logos, símbolos de identidad, redes de servicios adyacentes o en cadena, son producciones propias de un imaginario socio-histórico que “fluidifica” entidades substantivas. La materialidad de los productos, la funcionalidad estricta de estos, pasan a un segundo plano con relación al diseño incorporado, en consideración a la mercancía como imagen. En el caso de la cultura, la educación, el conocimiento; se han convertido en espacios de mercado. La sociedad del conocimiento, en las orientaciones derivadas del modelo neo-liberal, asigna a la Universidad un papel devaluado y que produce alteraciones con las organizaciones privadas. En consonancia con la búsqueda de la deconstrucción del Estado de bienestar —y el simultáneo armado de un Estado funcional a los intereses económicos con mayor grado de concentración—, el ámbito universitario estatal ha sufrido una devaluación de su rol e interferencias de organizaciones privadas cuyas lógicas de mercado inscriben distintos grados de segmentación institucional. Se instalan así virtuales “puntos de catástrofe” en instituciones cuya racionalidad substantiva se ha articulado históricamente al sentido de la universitas y, en nuestro país, ha producido movimientos instituyentes como el de la Reforma, fuente de esquemas de referencia que orientarían múltiples expresiones estudiantiles, académicas y científicas en nuestro país a lo largo del siglo xx. Estas corrientes de pensamiento y acción han construido su legitimidad entramando sus diferencias en torno a una ética puesta al servicio del ciudadano llano.

3. Señalamientos y puntuaciones

La descripción del escenario producido en la jornada con el propósito de exponer, y someter a consideración pública, las producciones realizadas en el marco de un programa de investigación, como ya lo señalamos, nos ofrece la posibilidad de reflexionar también sobre el evento mismo.

Propondremos abrir a la reflexión ese drama social que la luminosidad del decir torna opaco. El juego puede llamarse “observarnos observar”. Tomaremos en consecuencia a ese encuentro institucional como una ocasión para continuar conversando no solo en el orden de “lo dicho”, sino también en lo que hace al hablar en sentido antropológico, en la delicada retórica que demandan los ámbitos públicos.

Para encarar esta tarea así anunciada, debemos hacer una breve referencia al sentido que queremos darle a la noción de “ocasión” en este trabajo, como anticipamos más arriba. Debemos recordar que este vocablo aparece en los escritos sobre retórica, particularmente cuando esta es considerada un arte que indaga la dimensión antropológica de la competencia

comunicativa relacionando el bien decir con la praxis, con la acción constante de producir significaciones. La noción de “ocasión” está relacionada con la situación, que, como instancia comunicativa, tiene sus pautas y restricciones. La situación concreta demanda un desempeño pertinente, una buena *performance*, que debe realizarse en el momento oportuno. Esa ocasión incide para que se hable de lo que esta pautado, en el caso que nos ocupa, produce una trama de significaciones propias del universo simbólico de las ciencias sociales, abre visibilidades iluminando algunas de esas producciones en la maraña, en la selva, que conforma su acervo cultural (5). La constitución del momento justo es el de esa temporalidad cualitativa en que algo puede ser expresado con claridad. La ocasión, entonces implica una dramática institucional — como anticipamos al inicio de este escrito—, escenarios, interlocutores, el emerger de una esceno-grafía particular, dada en un contexto etnográfico y en un tiempo de reloj, el tiempo social objetivo. Pero lo relevante es que la constitución de esa esceno-grafía es el contexto producido, y al mismo tiempo recursivamente posibilitado por la ocasión (6) que se produce en el momento adecuado, la ocasión entendida como *kayros* (7), como el momento en el que el trasfondo institucional deja ver algunos de sus pliegues.

La jornada en que se trabajó las transformaciones del espacio público despejó, limitadamente como no puede ser de otra manera en encuentros de este tipo, algo de la intrincada trama de producciones realizadas en un campo de saber particular. Los informes expuestos, los casos presentados, las interpretaciones realizadas, implican insistencias en las escrituras; pero también deslizamientos y fugas que provocan aperturas en esos claros del bosque, en esos “lucos opacos” (8) que generan una luz vacilante, bordeada por la densidad sombría conformada por la selva de símbolos, de prácticas y de imágenes de la vida social. Esto incluye naturalmente a las que se producen en el ámbito académico con sus prácticas organizadas en conjuntos técnicos muy especializados. En suma, las nociones de “*kairos*”, y de “*luco*”, nos permiten pensar la epifanía no solo de lo dicho, sino también de lo no-dicho en la trama de las esceno-grafías a las que denominamos “Congreso”, “Jornada”, “Encuentro”, y cuyas marcas pueden ser leídas en la textura de lo enunciado, en las exposiciones y en la escena institucional de la Jornada considerada como tal.

Y es precisamente en ocasiones de este tipo donde estamos trabajando las transformaciones del espacio público, precisamente en un espacio público estatal como es el de la Universidad. Una de las transformaciones que producen un efecto fractálico es el de transformaciones del espacio público trabajadas por la crisis, y que provoca el despegue de los sistemas sociales — entre ellos las instituciones educativas y todos sus espacios— y su separación del mundo-de la vida. En el caso de las funciones académicas, las investigaciones y todas las actividades que demandan parecen inscribirse en la gramática y los códigos propios de la institución de la investigación que tiende a clausurarse sobre sí misma y a sostener, como todo sistema, su propia autopoiesis.

Como todo contexto de acción, los encuentros académicos implican una dimensión política en sentido amplio. Desde el punto de vista de la institución de la ciencia se ponen en juego corpus conceptuales, metodologías y premisas epistemológicas. Estos a priori difícilmente sean

tomados en consideración en encuentros que, como en el caso que nos ocupó, expusieron elaboraciones sobre fenómenos sociales vinculados con los espacios públicos. Cuando exponemos los resultados de nuestras investigaciones sobre fenómenos sociales, podríamos considerar, en consecuencia, la siguiente pregunta: ¿qué instituímos cuando instituímos cada encuentro académico?

Consignamos de modo provisorio y para desarrollar en otro momento los siguientes postulados: a) Instituímos las significaciones anudadas al imaginario central (9) de la Ciencia como acontecimiento decisivo de la modernidad temprana; b) reproducimos el peso de su lógica conjuntista-identitaria, c) Instituímos el universo simbólico-imaginario del “paradigma antropológico”, con sus a priori conceptuales y sus códigos, d) La estructuración particular de su orden, con sus jerarquías, figuras, ámbitos y procedimientos.

Promover la importancia del “saber lo que se piensa”, como modalidad recursiva de segundo orden en el paisaje de las ciencias sociales, no hace sino actuar como “revelador” del linaje positivista que inscribe, metonímicamente, su escritura en la esceno-grafía de los eventos académicos. Allí procura legitimar sus pautas, o exponerlas al juego de la conmensurabilidad, al conjunto de reglas implícitas acordadas y escuchadas en el trasfondo institucional del discurso de las ciencias sociales. Lo no escuchado en este caso es la imposición misma de los criterios de la conmensurabilidad, cuya pretensión de validez se asienta en la presunción de haber obtenido un “método auténtico” para acceder al logos. Ello implica que todo lo que no entra en su dispositivo de saber es considerado residual, algo meramente subjetivo.

Desde hace un tiempo en las invitaciones a jornadas, congresos y seminarios especiales se han ampliado los ejes de las convocatorias, de modo que las categorías que componen el menú de opciones son más abiertas y heterogéneas. El interrogante que se abre aquí es si esto no obedece a la búsqueda de logro del evento como tal —ampliando la potencial concurrencia— o cuestiones del orden de lo impensado, como los efectos de desborde de los territorios de saber. Un desborde caótico, no canalizado, que explicaría algunas de las características de los encuentros “inter-” o “trans-” disciplinarios, en los que la imagen que ofrece su textura es la del bricolaje y que deja ver sus afectaciones en la palabra de comentaristas y compiladores quienes se encuentran ante un verdadero espacio de dispersión de productos individuales. Lo heterogéneo y disperso obliga a generar un meta-texto en el que esa verdadera “nube de puntos singulares” encuentren espacios de acercamiento plausibles.

A modo de conclusión podemos señalar que abrir espacios de elucidación crítica de nuestras propias prácticas y a priori conceptuales incrementa la posibilidad de visitar aquellos esquemas de captura ya estatuidos vinculados con el despegue y la autonomización de las instituciones. Al distanciarse de la sociedad, los ámbitos académicos y científicos tienden a clausurarse en sí mismos, y sus agentes a quedar acoplados a las lógicas de repetición de lo instituido. La expectativa más generalizada es que el desarrollo de la reflexividad de segundo orden en ciencias sociales y la generación de espacios de encuentro en los que apuntemos a “saber lo que pensamos”, posibiliten potenciar las acciones colectivas de carácter emancipatorio, más aún si nuestro interés ético-político se entrama con los espacios público-

estatales y con la decisión de cooperar en todos los ámbitos del *socius* para consolidar y ampliar las formas de vida democrática.

Notas

(1) Cfr. Castoriadis (1994: 74-75), considera que en los límites de la “explicación” es pertinente sostener el proyecto de elucidar críticamente las formas socio-históricas, la génesis y contextos en que nacieron.

(2) Vico concibe a la historia de los pueblos como etapas que se desarrollan en un movimiento en espiral, en el que siempre se vuelve a empezar. En consecuencia, esta historia de los pueblos no es lineal, sino cíclica, con avances y retrocesos, es el “corsi e ricorsi” expresado en *La Ciencia Nueva* (Scienza Nuova), de 1744.

(3) Juan M. Cerdá, “construcción deconstrucción y reconstrucción de la ciudadanía social en Argentina”. Ponencia presentada en las Jornadas “Transformaciones del Espacio Público”, UNQ, Bernal, Marzo de 2009.

(4) En el caso de la juventud se producen nuevas territorialidades y formas de socialización. Ver Saintout, en Chardon (2011: 53 ss.)

(5) En otro trabajo hemos considerado a los contextos de acción como la ocasión en que se juegan las formas de la vida democrática; espacios que se abren a la realización de múltiples posibles y a la densidad que asume en ellos la “ética de la responsabilidad”.

(6) Considerar en cada caso —instancia forense, deliberativa, asamblearia, expositiva— al conjunto de recursos necesarios para tener un desempeño adecuado, pertinente, requiere definir la situación como la “ocasión” que demanda el ejercicio de capacidades personales del hablante y competencia en el arte de la retórica como facultad de argumentación (Aristóteles, 1998: 52 ss.)

(7) En las concepciones de la temporalidad griega kairós se distingue de Cronos y de Aion. Kairos es “momento de decisión, ocasión crítica, coyuntura en que importa que algo sea hecho o dicho” (Castoriadis, 1994: 9).

(8) Siguiendo la metáfora derivada de las resonancias que suscitaba en el sentimiento de los antiguos la existencia de esos “claros del bosque”, la espesura débilmente abierta a la luz de los “lucos silentes” de los que hablaba Virgilio y cuya huella se expresa en la propuesta de una ontología débil anclada en la producción heideggeriana.

(9) La existencia de la sociedad implica la generación del imaginario social efectivo, el imaginario instituido que articula y otorga sentido al universo de significaciones. En la Modernidad Temprana la institución de la Ciencia, en el sentido que le da Castoriadis al vocablo “institución” implica la emergencia de un verdadero agenciamiento cuyas condiciones de existencia venían desplegándose en virtud de la potencia del dominio de lo racional como significación imaginaria social que se corporiza en los más variados ámbitos desde por lo menos el siglo XII (Castoriadis, 1994b: 75).

Bibliografía

Arendt, Hannah (1993), *La condición humana*, Barcelona, Paidós.

Aristóteles (1998), *Retórica*, Madrid, Alianza.

Augé, Marc (1996), “De los lugares a los no lugares”, en *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa.

Bourdieu, Pierre (2008), *Homo Academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Castoriadis, Cornelius (1994a), “La Polis griega y la creación de la democracia”, en *Los dominios del Hombre: las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa.

— (1994b), “Lo imaginario: la creación en el dominio histórico-social”, en *Los dominios del Hombre: las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa.

Chardon, Cristina (2011), *Transformaciones del espacio público. Los actores, las prácticas, las representaciones*, Buenos Aires, La Crujía.

Detienne, Marcel (1985), “La phalange, problèmes et controverses”, en Jean-Pierre VERNANT (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, Éditions EHESS.

- Fitoussi, J. P. y P. Rosanvallon (1997), *La nueva era de las desigualdades*, Buenos Aires, Manantial.
- Foucault, Michel, (1991), *Tecnologías del Yo*, Barcelona, Paidós.
- (2006), *Seguridad, Territorio, Población: Curso en el Collège de Francia: 1977-1978*, Buenos Aires, FCE.
- Giddens, Anthony (1993), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
- Guattari, Félix (1990), *Las Tres Ecologías*, Valencia, Pre-Textos.
- Habermas, Jürgen (1975), *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Habermas, Jürgen (1981), *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Maigneueau, Dominique (1980), *Introducción a los métodos de análisis del discurso. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Hachette.
- McCarthy, Thomas (1993), *La Teoría Crítica de Jürgen Habermas*, Madrid, Tecnos.
- Offe, Claus (1990), *Contradicciones en el Estado del bienestar*, Madrid, Alianza.
- Petrella, Riccardo (dir.) (1996), *Los límites de la competitividad. Cómo se debe gestionar la aldea global*, Buenos Aires, UNQ/Sudamericana.
- Zermeño, Sergio (1989), “El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden”, *Revista Mexicana de Sociología*, N.º 4.